

ante el nuevo imperio que se ofertaba como sustituto del debilitado colonialismo español.

Entre esa pléyade de ilustres cubanos estaba Juan Gualberto Gómez, quien al hacer un temprano balance de las causas que desviaron la finalidad de la guerra iniciada por Martí, indicaba entre otras la temprana muerte del líder que provocó la desorientación en algunos y que se propiciara el oportunismo entre otros, especialmente entre algunos residentes en los Estados Unidos. Al valorar los peligros reales inminentes que ya en temprana fecha como 1902 podían apreciarse, señalaba: «Tal vez sea prematuro formular un cargo a los directores de la Revolución por su conducta frente a la intervención. Quizás cuando llegue la hora de depurar, ante el tribunal de la Historia, las responsabilidades, demuestren aquellos directores la procedencia de esa conducta. Pero sea lo que fuere, resulta indudable que con ella se desvió el sentido del movimiento que Martí preparara y organizara, y que en esa desviación está la clave de la gran herida que sufre en este momento, el ideal de la independencia absoluta de la patria cubana»¹⁴.

En aquellos momentos iniciales de incertidumbre resultaba muy valiosa la diáfana orientación sobre cuál podía ser el rumbo definitivo que podía tomar la dominación norteamericana en la isla, en caso de que las fuerzas revolucionarias no se mantuvieran activas y se enfrentaran, no sólo a la famosa Enmienda Platt, —que limitaba de hecho la soberanía de la Constitución cubana—, sino a todos los instrumentos de penetración económica e ideológica del nuevo imperio naciente. Muchos de los dirigentes e intelectuales que participaron en la lucha contra España supieron cultivar en algunos sectores de las nuevas generaciones intelectuales y en el pueblo con mínimo acceso a la información política, el amor por la independencia absoluta y el enfrentamiento al poder neocolonial norteamericano.

En esa labor destacaron hombres de distinta formación filosófica e ideológica como Juan Gualberto Gómez, Salvador Cisneros Betancourt, Enrique José Varona, Manuel Sanguily y Enrique Collazo, algunos de ellos más liberales e influidos por el positivismo, otros desde posturas más populares y revolucionarias e incluso con ideas socialistas utópicas y marxistas como Diego Vicente Tejera y Carlos Balino, respectivamente.

Cisneros Betancourt, con una temprana postura viril frente a la Enmienda Platt, desenmascaraba en 1901 las verdaderas intenciones del gobierno norteamericano al haber intervenido en aquella guerra, al expresar: «Los Estados Unidos en sus últimas conclusiones hacen desaparecer todo lo

¹⁴ Gómez, Juan Gualberto: «La revolución del 95», en *La lucha antimperialista en Cuba, Editora Popular de Cuba y el Caribe, La Habana, 1960, p. 12.*

grande y humanitario que tenía el acto de venir a expulsar a los españoles de Cuba, a favor de los cubanos, toda vez que nos ponen por condición que sin la aceptación de dichas conclusiones seguirán interviniendo en Cuba»¹⁵. Indudablemente tendrían que buscar nuevos argumentos justificativos, pues no les hubiese quedado bien que siguiesen explotando barcos al estilo del *Maine* en la bahía de La Habana.

Un importante hito en la labor historiográfica de reconsideración del papel de la intervención norteamericana en la guerra de Cuba contra España lo desarrolló Enrique Collazo con su obra *Los americanos en Cuba* publicada en 1905. De acuerdo con el acertado juicio de Julio Le Riverend esta obra tuvo una extraordinaria importancia, porque hasta entonces sólo se había publicado la obra anexionista de José Ignacio Rodríguez y frente a esa apátrida posición, Collazo sostuvo una tesis que encontraría posteriormente dignos continuadores, —especialmente en la labor del historiador Emilio Roig de Leuscherling¹⁶ y de intelectuales marxistas como Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, entre otros, —esto es, «que Cuba no debe gratitud alguna al gobierno norteamericano, pues la independencia fue obra del esfuerzo propio, incluso esa independencia formal que los imperialistas idearon como sustitutivo de sus violentos proyectos anexionistas de carácter pura y simplemente colonial»¹⁷.

En la nueva generación que continúa la herencia antimperialista destaca Julio César Gandarilla, quien en 1913 en su libro *Contra el yanqui* sostenía: «Digamos que el americano no ayudó a Cuba, puesto que no le permite la soberanía ni la dignidad, que sólo procuró adquirir familiar y resonancia, que sólo tuvo y tiene el canino deseo de comerse los pueblos pequeños y hacerse temer en todo el mundo. Digamos que los cubanos serán perseguidos por defender a Cuba, que el escritor será procesado por decir la verdad y reclamar la independencia absoluta de su país»¹⁸.

¹⁵ Cisneros Betancourt, S.: «Voto particular contra la Enmienda Platt», en *Pensamiento Revolucionario Cubano*, edición citada, p. 227.

¹⁶ «La Guerra libertadora cubana de 1895-98 fue obra de una mayoría popular, pues movilizó, en forma mayoritaria a la población cubana, sin que eso quiera decir, desde luego, que esa mayoría empuñó las armas y se lanzó a los campos de la lucha armada; pero sí que además de las fuerzas combatientes del Ejército Libertador, el pueblo de Cuba mayoritariamente, hizo causa común con la Revolución y a ella se sumó (...). Después de la invasión, el poder de España en Cuba estaba herido de muerte, habiendo perdido España toda posibilidad de derrotar al Ejército Libertador y pacificar la Isla». Roig de Leuscherling, E.: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, Ediciones La Tertulia, La Habana, 1960.

¹⁷ Le Riverend, J.: *Prólogo a Los americanos en Cuba*, Enrique Collazo, Edit. Ciencias Sociales, 1972, p. XIX.

¹⁸ Gandarilla, J. C.: *Contra el yanqui*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 68-69.

En la literatura y en otras manifestaciones de la vida intelectual cubana¹⁹ de principios de siglo otras personalidades como Carlos Loveira y José Antonio Ramos, así como posteriormente Fernando Ortiz, Alejo Carpentier, José Antonio Portuondo, Medardo Vitier, Rafael García Barcena, entre otros, dejarían plasmada en distinto modo sus concepciones reivindicadoras de la dignidad nacional ante la ingerencia económica, política y cultural norteamericana.

Es necesario también señalar que en la vida cultural cubana de la primera mitad de este siglo que se despide no faltaron algunos proclives a considerar a los Estados Unidos como los grandes héroes de las libertades conquistadas por el pueblo cubano. Afortunadamente estos personajes no han sido los que han servido como paradigma referencial del pueblo cubano en su lucha hasta nuestros días por su nación, su soberanía y su identidad cultural. Por el contrario ha sido aquella línea de pensamiento humanista práctico, desalienador y emancipatorio que partió con las ideas independentistas de Varela condicionadas por sus ideas ilustradas y tuvo en el siglo XIX a José Martí como la expresión superior en la cultura cubana, y en especial en el pensamiento político la que ha nutrido las nuevas generaciones intelectuales y políticas de la sociedad cubana hasta el presente.

A cien años de 1898 se puede apreciar mucho mejor el crecimiento del bosque de la cultura cubana, que no sólo se ha mantenido a pesar de intentos de talarlo hasta en sus raíces, de plantas parásitas y otros agentes destructivos que pueden impulsar a algunos observadores a detener la mirada en algún que otro árbol endeble o enfermo, en lugar de dejarse cautivar por la vitalidad de la impetuosa floresta.

¹⁹ Véase: Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983; Letras: cultura en Cuba, Prefacio y compilación, Ana Cairo Ballester, Editorial Pueblo y Educación, (7 tomos), La Habana, 1992; Guadarrama, P., Rojas, M. y otros: El pensamiento filosófico en Cuba. Siglo XX. (1900-1960), Universidad Autónoma del Estado de México, 1995.



Ricardo Baroja: *La diligencia* (1941)